RAUL PORRAS BARRENECHEA, HOMBRE DE LETRAS Y ACADEMICO*

Guillermo Lohmann Villena

La Academia Peruana de la Lengua, "con acto propio y privativo, como debe ser inexcusable rito" según impusiera en 1934 nuestro Director a la sazón, José de la Riva-Agüero¹, fiel a la tradición heredada cumple puntualmente una vez más la práctica de celebrar junta pública en la fecha convencional del Día del Idioma. En la ocasión presente nuestro cuerpo literario se ha propuesto el paradigmático deber de convocar a la especial recordación de uno de sus más ilustres Individuos de Número, Raúl Porras Barrenechea, de quien hace hoy un mes cabal se enteró un siglo de su nacimiento. Su nombre preclaro por su labor académica —de la que haré aparte exclusivo—, está por añadidura singularmente ligado a los penates que esta efemérides vuelve a traer a la actualidad y que presiden nuestro quehacer académico: Cervantes, Garcilaso y Palma.

* Disertación leída el Día del Idioma en homenaje a Raúl Porras Barrenechea, en el centenario de su nacimiento.

1. *Discursos Académicos* (Lima, 1935), p. 19.

En efecto. El primero reclamó la atención de Porras al insinuar que una carta del Gobernador del Perú Vaca de Castro a su mujer hubiese servido de pauta para la jocosa que Sancho Panza envió a la suya (*Quijote*, II, XXXVI); al vislumbrar que la inmortal obra cervantina envolviese una embozada censura de la conquista española del Nuevo Mundo, y finalmente al exhumar en Montilla documentación sobre la hechicera Camacha, personaje del *Coloquio de los perros*². Garcilaso, el eximio autor de los *Comentarios Reales*, fue por su parte desde 1945 objeto de recurrentes y demoradas pesquisas, lúcidas exégesis interpretativas y amorosas evocaciones³. Finalmente, al patriarca de las letras republicanas, como no podía ser por menos, le profesó entrañable predilección, fruto de una inequívoca concordancia espiritual, perceptible ya desde el fervoroso artículo en el *Mercurio Peruano* a raíz del fallecimiento del tradicionista, cuya vena satírica se aborda con evidente penetración⁴.

Permítaseme adelantar una confidencia. Con hondo afecto reconozco que mi iniciación en la vida intelectual está enhebrada con la del profesor que en la austera Deutsche Schule despertara mi inquietud por el legado de la cultura y sus manifestaciones, en particular por el pasado peruano y su acontecer, que nos hace ser lo que somos.

Debo a él mi atracción por esos solaces inmateriales y fue gran fortuna mía haber tenido oportunidad de aprovechar su magisterio en las asignaturas de Historia del Perú republicano y de Historia de los límites del Perú. Decenios han corrido desde entonces y siguen lozanas entre mis vivencias la sorpresa de nuestras mentes juveniles ante sus ines-

2. Holguín Callo, *Bibliografía de Raúl Porras Barrenechea* (Lima, 1986), núms. 19, 29, 86, 88, 326, 378, 411 y 412.

3. [2], núms. 21, 29, 38, 41, 52, 58, 82, 86, 89, 358, 398, 403, 412, 430, 480, 485, 488, 502, 505, 590 y 591.

4. [2], núms. 35, 40, 77-A, 87, 114, 173, 267-A, 271, 287, 368-A, 406, 416, 458, 494, 516 y 516-C.

perados métodos didácticos: como ilustración musical de la clase dedicada a las hazañas de Salaverry nos dejó escuchar mediante un gangoso fonógrafo los vibrantes acordes de la marcha del maestro Bañón, *El ataque de Uchumayo*; otras veces eran las punzantes letrillas del clérigo Larriva las que surgían de sus labios sazonadas con su gozosa complicidad o con fruición recitaba las poesías de nuestros románticos del siglo pasado, pero sobre todo perdura en mi recuerdo su incitativa estimulación, en la que combinaba humor y consejo, enderezada a los adolescentes a abrir la curiosidad a cuanto significara enriquecimiento del acervo allegado en las aulas escolares. Su frase, casi coactiva, era: “¡Eso es de cultura general!”, y lo acentuaba con la mirada larga de sus ojos, penetrantes y vivos, en cuyo fondo brillaba la picardía de limeño.

Llano, sencillo, jovial, su capacidad de comunicación rompía la muralla de la tópica distancia profesor-alumno. Más que intentar abrumar al curioso interlocutor con severidad magisterial, cedía al contagioso afán de descubrir detrás de cada estudiante una criatura ansiosa de acrecentar el caudal de conocimientos. Una suprema naturalidad excluía de él la estampa aparatosa del dómine petulante. Los escasos alumnos del Colegio Alemán que todavía con el favor de Dios estamos en la brecha tenemos presente que en ese plantel escribió una parodia, ‘La isla del pollo’, en la que con aire de inofensiva fisga se tomaba el pelo a trece condiscípulos del curso de Historia del Perú en tercero de Media.

Frecuenté asimismo, todavía antes de abandonar las aulas escolares, el Colegio Universitario que dirigió Porras en 1931, en una novedosa iniciativa de proyección del claustro sanmarquino hacia la juventud.

Tampoco se me ha caído en olvido el gallardo arranque de su conferencia “Palma romántico”, pronunciada en la Sociedad “Entre Nous”, en circunstancias de profunda quiebra de los principios cívicos y bajo la amenaza de la denominada

Ley de Emergencia. Razonando que el homenaje al autor de las *Tradiciones peruanas* no hubiera podido realizarse sin la hospitalidad de esa asociación femenina, exclamó: "...en el letargo de las instituciones varoniles –apolillamiento del Instituto Histórico, mudez de la Academia de la Lengua, catalepsia del Ateneo, aherrojamiento de la Universidad–, es la única llama que en el Perú de hoy recuerda todavía lo que es el resplandor de la inteligencia"⁵.

La ovación que arrancó la frase adquiriría singulares alcances por rubricar el gesto del único catedrático de la Facultad de Letras que en una memorable asamblea alzó su voz para protestar, en medio del tumulto, del atropello y la clausura de la Universidad de San Marcos. Los aplausos fueron aún más nutridos y calurosos cuando el conferenciante recitó, con toda intención, la maliciosa redondilla del drama de Palma, *Rodil*:

Desgraciada la nación
donde se humilla el talento,
y hasta para el pensamiento
hay leyes de represión⁶.

Tuve asimismo el privilegio de servir a sus órdenes en su accidentada misión diplomática en España y luego de colaborar en el Instituto de Historia de la Universidad de San Marcos. Para cerrar estos párrafos de efusión personal añadiré que en un intento de saldar la deuda afectiva contraída a lo largo de los años, reseñé algunas de sus contribuciones al repertorio de fuentes históricas –*Las Relaciones primitivas de la Conquista del Perú* y el primer volumen del *Cedulario del Perú*⁷– y en la hora de la congoja por su prematura des-

5. Ricardo Palma. *Sociedad Amigos de Palma* (Lima, 1934), p. 79.

6. V. *Mar del Sur* (Lima, 1951), VIII, núm. 23, p. 50-a.

7. *Revista de la Universidad Católica del Perú* (Lima, 1938), VI, núm. 5-6, pp. 223-225, y *Revista de Indias* (Madrid, 1946), VII, núm. 24, pp. 348-352.

aparición, dejé constancia de mi pesar en artículos publicados en revistas españolas⁸.

Por todo ello, con orgullo (porque me precio de haber sido su discípulo) y con respeto (por su egregia prestancia) he asumido el honroso encargo institucional de reseñar los perfiles de nuestro colega como hombre de letras y como académico. Hace ya cuatro lustros, cuando se cumplieran los 17 años de su defunción, tuve también el honor de llevar la voz tanto de nuestra corporación como la de la Academia Nacional de la Historia, pero si entonces hube de ocuparme en la dimensión de Porras como cultor de la historia, esta noche me ceñiré a exponer la vertiente que acaso fue la genuina vocación suya, el meollo que polarizó las más exquisitas fibras de su sensibilidad y que sin duda alguna abrió cauce a las expresiones más auténticas de su talento.

Al celebrar hoy esta sesión académica, nuestra Casa se ha propuesto tributar no solo el obligado reconocimiento laudatorio en memoria de uno de sus más distinguidos miembros, sino sobre todo realzar la figura del brillante escritor, uno de los literatos peruanos de primera línea en el siglo a punto de caducar. Su frasis, constelada de sustantivos exactos y con insuperable dominio de los adjetivos, alcanzaba merced a su euritmia una cadencia melódica (y eso que quien la componía confesaba que era refractario a los encantos de la música), y muchas de sus páginas cinceladas rozan la cima de la perfección. En los puntos de su pluma de humanista la prosa no pocas veces estaba en la orilla de la poesía. Por la belleza de sus metáforas y el innato buen gusto que jamás le abandonó, aun en las ocasiones en que hacía frente a la malevolencia o al despojo de los frutos de su intelecto, logró escalar un lugar preeminente en una antología de nuestra

8. *Revista de Indias* (Madrid, 1961), XXI, núm. 83, pp. 131-144, y *Estudios Americanos* (Sevilla, 1961), XXII, núm. 109-110, pp. 39-60.

prosa, a juicio de nuestro Director⁹, cuyo estudio sobre los rasgos lingüísticos de Porras me releva ahora de dar cuenta de ellos¹⁰.

Sus páginas, tan inquietantes como profundas, tan atractivas como plurales en sus connotaciones, gracias a la inusual riqueza de vocabulario, la precisión de su léxico y lo certero de sus imágenes, tenían el poder de dejar una huella indeleble en la memoria del lector. En la amplia gama de sus escritos se registra un poco de todo, desde la ternura hasta la ironía, senda por donde llevaba hasta la pura carcajada; desde las notas de humor para llamar las cosas por su nombre, hasta el vocablo acerado para romper lanzas por las causas nobles. Todo ello, con garbo y finura, aflora por igual en el artículo periodístico, en el ensayo histórico, en la misiva confidencial y hasta en los informes cancllerescos y los discursos de protocolo. Tan envidiables atributos operaban desde lo más íntimo de su ser, y muchos de los aquí presentes podrán recordar que esas gemas no habían surgido en la soledad del gabinete, sino que brotaban casi espontáneamente aun en los instantes previos a su lectura en público. Su prosa fascinaba por la claridad expositiva y la pasión contenida que rezumaba cada línea, factores a los que se agregaba su capacidad de virtuoso de la elocución.

Quien atesoraba sobrados títulos para emitir autorizado dictamen, Riva-Agüero, realzó la galanura de su "...ágil, incisivo y gracioso estilo [que] en alas de la emoción vernácula y estética, alcanza un subido valor literario, de fino paisajista y costumbrista, de orfebre a la vez delicado y lujoso". A su turno Víctor Andrés Belaunde elogiaba igualmente "...su estilo claro, preciso y elegante. La prosa clásica y de contornos semejantes a los de Menéndez Pelayo que aparece en Riva-

9. V. "Sobre la prosa de Raúl Porras", en *Humanidades*. Pontificia Universidad Católica del Perú (Lima, 1969), núm. 3, pp. 5-11.

10. "Raúl Porras, profesor de literatura", en [2], núm. 719.

Agüero, en Porras se presentaba en formas más simples, bajo la influencia de Azorín y tal vez de Ortega y Gasset”¹¹. A propósito de Azorín, extraigo las líneas finales de una carta en la que el pulcro escritor español me agradecía haberle alcanzado un ejemplar de la edición de *Paisajes peruanos*, de Riva-Agüero, con el Estudio preliminar de Porras: “No hay que decir que el nombre del autor y el nombre del prologuista son estímulos suficientes para la lectura”¹².

Como casi todos los grandes escritores de fuste, fue capaz de acuñar expresiones refulgentes que tienen vida aun aisladas de su contexto. No he de abrumar con citas, pero no puedo reprimir el hechizo de una muestra, extraída del discurso de ofrecimiento de una bandera del Perú al Museo del Ejército en Madrid: “Venimos los peruanos desde nuestra vieja tierra del oro y del sol, trayendo una nueva enseña que el tiempo no ha descolorido aún, pero entre cuyos pliegues pasa el soplo milenario de leyenda, para depositarla en este plantel de gloria en que reposan las banderas más gallardas de la historia del mundo: las que se irguieron en todos los recodos y pasos de Europa para defender el ideal de la caballería cristiana de Occidente, las que se izaron en Granada y en Lepanto, las que llevaron las mesnadas del Cid y los tercios de Gonzalo de Córdoba y las que, cansadas de vencer, detrás de las columnas de Hércules surcaron los mares para llevar en las combas de sus naves el legado de la civilización occidental a un mundo nuevo, en una permanente e irrenunciable voluntad de cruzada”¹³.

No se me ha de llevar a mal que alegue otro pasaje, prodigio de capacidad en el arte de transmutar el humilde menester del educador en una misión de proyección cívica. En el discurso que pronunciara —mañana harán justamente

11. *Mercurio Peruano* (Lima, 1961), XLII, núm. 406, p. 54.

12. Carta datada en Madrid, 13 de julio de 1956.

13. [2], núms. 26, 104 y 400.

cuarenta años— para agradecer el agasajo que se le ofreciera por haber sido elegido presidente del Senado, incluyó un párrafo rescatado de una alocución dirigida en 1943 a unos escolares en el Callao, cuyo tenor es el siguiente: “En la clase de historia patria, el silencio se hace siempre, sin disciplina ni castigos, por la sola presencia de las sombras heroicas que surgen del pasado, por el relato que aprieta el corazón de los niños con la emoción del triunfo o del dolor de la patria, del error que pudo evitarse, del sacrificio o la osadía que engrandecen la hora de la abnegación, o de la solitaria figura moral que se yergue contra la barbarie o la fuerza, en defensa de la libertad y del débil. En ese silencio repentino de las clases de historia, en que los más bulliciosos e inquietos fijan la mirada y el pensamiento en el ejemplo puro que pasa únicamente por la voz del profesor como una fuerza misteriosa y sagrada, está el soplo creador de la nacionalidad. Para vivir la hora futura y póstuma de esa lección lucharon los apóstoles y murieron los héroes. La historia recoge, con suprema piedad, todos aquellos rastros dispersos de una misma luz y en el ambiente lleno de vida y pujanza de la clase, lo hace nuevamente dolor y alegría, angustia, admiración o protesta. En esa comunión entre pasado y presente, entre la niñez y los héroes, se va forjando diariamente la imagen de la patria”¹⁴.

La vocación literaria de Porras se acusó, con singular precocidad, desde su infancia. A la temprana edad de doce años publicó en el *Boletín Escolar* del colegio de la Recoleta la traducción del francés de una pequeña pieza dramática, y en números posteriores de la misma revista vieron la luz cuentos cortos de tono congruente: “Historia de un viejo pajarito”, “El gato y el perro”,...¹⁵. La pasión por allegar libros corría parejas: en su testamento dejó consignado que desde los quince años había comenzado a comprar obras

14. Comp. [2], núm. 394, pp. 393-394, y núm. 99, pp. 14-15.

15. [2], núms. 119, 120, 121 y 122.

impresas, y que no había recibido ninguna por herencia. Lo decía alguien que contaba entre sus abuelos al ministro de Relaciones Exteriores que se viera en el trance de dimitir por haber comparado un convulso debate parlamentario con el campo de Agramante, y un tío cuya jerarquía intelectual era notoria.

Ingresó en la Universidad de San Marcos en 1915, "en pleno apogeo del modernismo en Literatura" (como él mismo lo proclamara). Allí se acrisoló y consolidó su vocación y comenzó a granar su talento. Apuntaban ya entonces nítidas las líneas generales de su trayectoria futura y los perfiles de su mentalidad, y predomina lo que constituirá su fórmula indeleble: el tono festivo y la ironía sonriente, en todo acorde con el santo y seña del grupo intelectual en el que prontamente destacó, y que alguien propuso denominar la generación anatoliana, poniéndola bajo la advocación del humorismo del autor de *La isla de los pingüinos*, no muy distante del módulo del novelista luso Eça de Queiros, uno de cuyos personajes —Pacheco— todavía recuerdo que fue tema de jocosas comparaciones en la Deutsche Schule.

Es asimismo muy sugestivo rastrear la procedencia de los seudónimos que utilizara en estas sus primeras comparecencias en la república de las letras. Del abanico cabe extraer la raigambre gala de Enjolras y de T. G. d' Or; la ibseniana de Peer Gynt; el cervantino El manco de Lepanto; los predilectos tipos criollos de Don Dimas de la Tijereta y El niño Goyito, y finalmente los caprichosos Benjamín, Nicolasito, Jeromillo, Jack, Tin Tin,...

En los claustros sanmarquinos su musa retozona halló ancho campo para la expansión. En el mencionado año de 1915 fundó una revista ilustrada, de aparición quincenal, *Alma Latina*. En el número 12, del 3 de enero de 1916, suscribe una semblanza de Manuel Atanasio Fuentes, *El murciélago*, al que califica como "el primero y más grande de nuestros satíricos", y en el número 14, del 4 de febrero si-

guiente, presenta la figura de quien por razones familiares pero sobre todo por motivos de identidad espiritual iba a acompañarle desde entonces: Felipe Pardo y Aliaga. La comunión de aficiones era patente.

Como delegado de la Facultad de Letras viajó a Bolivia en 1918. En la velada realizada en La Paz, en abril de ese año, leyó una disertación sobre la Literatura peruana, en verdad una visión panorámica de nuestras letras en el siglo pasado y los albores del actual¹⁶. Al darla a la prensa en Lima, la precedió de una advertencia, signo inequívoco de probidad y pulcritud: "Esta conferencia se publica exclusivamente para ser leída en Bolivia. Escrita con el afán de dar a conocer en la tierra hermana las glorias literarias del Perú, no tendría entre nosotros la novedad que allá tuvo, ni la amplitud que aquí debemos a estudio tan importante. Labor será esta que realizaré en una tesis universitaria ya en preparación..."

Bien se comprende que al trazar este somero recuento de las primicias literarias de Porras no se trata simplemente de exhumarlas como piezas arqueológicas, sino sobre todo de poner de manifiesto su auténtico talante de hombre de letras, perceptible en estos años juveniles, antes de que la severa Clio le tendiera sus redes y lo sedujera a menesteres más graves, arrastrándolo al estudio de la documentación de los alegatos para reivindicar la peruanidad de Tarata, la preparación del manual escolar sobre la historia de los límites del Perú y la redacción de las semblanzas de los prohombres de los años iniciales de la época republicana.

En efecto. A lo largo de la tercera década del siglo y de la vida de Porras, se hace perceptible una bifurcación en las áreas de su preferencia, pues a la par de la connatural inclinación literaria, se acusa cada vez con mayor gravitación la

16. [2], núm. 1.

presencia de los temas procedentes del campo de la Historia, si bien es de justicia dejar sentado que la impronta del estilista marcaría con sello indeleble su producción historiográfica, aunque a la verdad poco importa esto en Literatura, en donde las obras se valoran por su resultado artístico y no por su veracidad en las confrontaciones extraliterarias.

Hasta aquel decenio despartidor la preferencia por los temas literarios en sus más diversas modalidades había sido superlativa, con evidente predilección por el género festivo. Así, aun cuando por su iniciativa y en su domicilio se reúnen los contertulianos del Conversatorio Universitario, él escoge—rá como objeto de su presentación la figura del clérigo Larriva—símbolo del espíritu mordaz en los albores de la pasada centuria—; a la muerte del autor de las *Tradiciones peruanas*, aunando devoción personal e identificación afectiva, deja constancia de su adhesión sicológica en el artículo “Palma, satírico”; incide nuevamente en este género en 1920 con unos apuntes sobre Felipe Pardo y Aliaga; contribuye con un capítulo en una novela colectiva al lado de su primo José Gálvez y de Luis Fernán Cisneros, Luis Alberto Sánchez, Ricardo Vegas García y Félix del Valle¹⁷, y en el curso de Literatura Castellana en la Universidad, escogido por el catedrático José María de la Jara y Ureta, sustenta una lección sobre Tirso de Molina, autor sobre el que volvería casi treinta años más tarde.

Hasta en un ámbito tan ajeno a estos achaques como el de una Universidad Popular llevó sus inquietudes predilectas: las fuentes indígenas de la Literatura americana, el drama Ollanta, el poeta Walt Whitman y como reminiscencia de su viaje a México al Congreso Internacional de Estudiantes, diserta en la última charla sobre los poetas mexicanos contemporáneos, declamando versos de Amado Nervo y Díaz Mirón. En puridad, se nos hace muy cuesta arriba imaginar

17. [2], núms. 105 y 165.

un auditorio menos apropiado para exponer materias tan refinadas que el de un conjunto de proletarios.

El repaso de la bibliografía de Porras en la repetida tercera década acusa un notorio estiaje, interrumpido sólo ocasionalmente. Es evidente que su atención de hallaba entonces volcada preferentemente sobre la redacción del manual sobre la historia de los límites del país (1924), el acopio de la argumentación sustentadora de los verdaderos términos de la frontera norte de Tacna (1925 y 1927) y la preparación del volumen sobre el Congreso de Panamá (1926, aunque publicado en 1930). En el entre tanto optó el grado de doctor en la Facultad de Letras, defendiendo una tesis sobre la sátira en el Perú, que en realidad encaraba sólo los satíricos limeños, monografía de la que únicamente han alcanzado a ver la luz capítulos aislados¹⁸.

El espaldarazo confirmatorio de su auténtico inclin sobrevino en 1928, en que se le reclamó para profesar el curso de Literatura Castellana e Historia de la Literatura Castellana, con especial consideración de los denominados autores selectos¹⁹. Él mismo confesó que en esa cátedra “se formó mi admiración por el espíritu hispánico, al margen de los cantares de gesta y del Romancero, y leyendo y estudiando a Menéndez Pidal aprendí mis más fecundas lecciones de hermenéutica histórica, y las del gusto literario clásico y castizo en la *Antología de poetas líricos castellanos* de Menéndez Pelayo”. Debió de sentir entonces, en toda su grandeza, la responsabilidad del docente universitario, encargado de transmitir el saber superior, es decir, los conocimientos de mayor jerarquía y proyectarlos hacia el futuro a través del alumnado.

18. [2], núms. 186 y 431.

19. [2], núm. 6.

Nuestro Censor, con la emoción del recuerdo vivo, ha reseñado la sensación que provocara en los claustros sanmarquinos el magisterio del novel catedrático. Traigo sus palabras: "El curso que dictó fue realmente memorable. No creemos que Porras tuviera una preparación pedagógica teórica, pero su entusiasmo intelectual suplía cualquier metodología. Realmente nos descubrió la Literatura española y nos la hizo atractiva y entrañable... Escuchábamos al maestro con fruición y placer intelectual. Sabía matizar la erudición y el saber con singulares apuntes de ironía... Nos impactó profundamente en ese joven de 31 años su recia y brillante personalidad. El decir fluido y la expresión galana y elegante, singular don de Porras, no era común característica entre otros profesores..."²⁰. Introdujo como insólita novedad el sistema de la participación activa del alumno en la forma de coloquios, debates y charlas a cargo del discipulado, y para familiarizarlo con el conocimiento de primera mano de los clásicos indujo a su lectura directa. Para hacerse cargo del feliz éxito del magisterio de Porras en esta ocasión basta recordar que tres estudiantes de aquella promoción alcanzaron a ocupar sendos sillones en el seno de nuestro instituto, a saber en 1956 Rafael de la Fuente Benavides -Martín Adán-, en 1965 nuestro ya mencionado Censor, Estuardo Núñez, y en 1985 Enrique Peña Barrenechea. Del primero de los nombrados se tiene conocimiento que para la asignatura dictada por Porras presentó una interpretación de la Celestina y del tercero una glosa de la poesía de Fray Luis de León²¹.

Ni el paso de los años, ni los vaivenes de su vida como diplomático, como político y como parlamentario, ni los altibajos de la salud, consiguieron empañar o disipar su arraigado fervor por las letras. En 1933 lo demostró con su deliciosa conferencia, aquí ya evocada, "Palma romántico"; en

20. *Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Homenaje a Raúl Porras Barrenechea* (Lima, 1984), p. 74.

21. *Letras. Órgano de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional de San Marcos* (Lima, 1929), I, núm. 1, pp. 175-177 y 178-180.

1938 al formular el esquema inicial para la Biblioteca de Cultura Peruana, que por motivos de menuda política fuera puesto de lado; en 1939 auspició y patrocinó la publicación de los *Poemas humanos* de Vallejo, asumiendo la tarea de albacea literario —citaré de paso que ya en 1924 había llamado la atención sobre sus méritos²²—, en 1954 esboza un apretado panorama de la literatura nacional²³ y en 1957, en plena actividad política, encuentra vagar para expresar el homenaje del Senado del Perú al paso por el aeropuerto de Lima de los despojos mortales de Gabriela Mistral²⁴.

Porras, académico. Nuestra Casa, regida desde su restablecimiento en 1934 por Riva-Agüero, con su señorial prestancia, no podía soslayar la nombradía que se había granjeado Porras en los círculos culturales del Perú, y le abrió sus puertas en la memorable sesión celebrada el 26 de junio de 1941, fecha en que se cumplía el cuarto centenario de la muerte del Gobernador Francisco Pizarro, a cuya apología dedicó el recipiendario su discurso de orden. El recién llegado ocuparía el sillón vacante por muerte de quien precisamente le había acercado a las fuentes literarias clásicas: José María de la Jara y Ureta.

La ceremonia de incorporación revistió inusitada solemnidad y fue una de las tres que nuestro instituto se ha visto honrado con la presencia del Jefe del Estado a lo largo de sus 110 años de existencia; las anteriores ocurrieron el 30 de agosto de 1887, al fundarse oficialmente la Academia Peruana Correspondiente de la Española, con asistencia del Presidente de la República General Cáceres, y en 8 de diciembre de 1917, al reanudar sus labores, cuando la primera magistratura de la Nación estaba ocupada por don José Pardo, que a su alta investidura añadía la distinción de hijo y nieto de Académico Correspondiente.

22. [2], núm. 630.

23. [2], núms. 58, 79-A y 368-A.

El historial del flamante Individuo de Número acreditaba fehacientes pruebas de simpatía retrospectiva por insignes colegas predecesores. En lugar primario, como ya se ha hecho constar en párrafos anteriores, la figura venerable de Palma. A él había consagrado su primer artículo de aliento en el novísimo *Mercurio Peruano*; le rindió emocionado tributo en su calidad de poeta romántico; trazó su bibliografía esencial y en cálido homenaje de afecto, al publicarse el *Epistolario*, redactó el delicado prólogo. Esto, únicamente en cuanto concierne a los testimonios de mayor cuantía²⁵. En lo tocante a otros académicos, recopiló la bibliografía de Lavalle²⁶; presentó una breve antología y colaboró con su primo José Gálvez en una novela limeña y como Presidente del Senado le correspondió despedirle en el cementerio en 11 de febrero de 1957²⁷, y para cerrar este recuento, ofrecería una antología de Enrique Carrillo²⁸.

Posteriormente ofició de preclaro vocero de la corporación, como en 1944 cuando Víctor Andrés Belaúnde cumpliría sesenta años, en que decantó la personalidad y la obra intelectual del compañero de fatigas por la defensa de los intereses del Perú²⁹, y en 1945, al asociarse la Academia al homenaje a Andrés Avelino Aramburú, en la Sociedad Fundadores de la Independencia. En su discurso Porras advirtió que si bien el altivo periodista "...no perteneció en vida a la Academia de su tiempo, pero dejó una enseñanza y una huella, que valen por la más noble lección y pertenece por derecho a esa Academia impalpable, elegida por la posteridad, de los escritores que no mueren, porque recogieron en su obra, con una congoja vital, el alma y el estilo de una época"³⁰.

24. [2], núms. 99 y 519.

25. Cfr. [4].

26. [2], núm. 175.

27. [2], núms. 105, 165, 520 y 642.

28. [2], núm. 645.

29. [2], núms. 342, 343 y 394.

30. [2], núm. 59, p. 101.

El discurso de bienvenida, en 1948, a nuestro Director honorario, Aurelio Miró Quesada Sosa, propuesto por Porras para suceder a Eguren, le brindaría “ocasión de discurrir en el ámbito dilecto de vuestros libros y estudios [del recipiendario] y de acercarme, llevado por similares preferencias y admiraciones, a las mismas aras votivas que ambos reverenciamos de nuestra historia y de nuestra tradición hispánica...” y subrayó que entre los “motivos de duradera comunión espiritual... coincidimos ambos en el culto de la obra garcilasista...”.

Tirso de Molina había sido en efecto “una de mis antiguas predilecciones en la Literatura española del Siglo de Oro” y por de contado su adscripción a la “feligresía corta pero fanáticamente devota” del mercedario— como él mismo denominaría a los admiradores del gran dramaturgo —era de añeja data. En 1920 había constituido el tema de una charla en la Facultad sanmarquina de Letras; en 1929 suscribió una recensión del libro de doña Blanca de los Ríos, *El enigma biográfico de Fray Gabriel Téllez*, y ahora, al abordar una vez más la obra del autor del soberbio drama *El condenado por desconfiado*, analizó extensamente esa pieza cumbre de la dramaturgia de la Época de Oro³¹. Tuve oportunidad de escuchar de labios de la propia doña Blanca de los Ríos, ya nonagenaria, en su departamento madrileño de la calle de Jorge Juan, 7, un efusivo elogio del trabajo de Porras, cuyos relieves de erudición, agudeza y amenidad celebró muy de veras.

En 1954 un estudio de “Enrique Peña bajo el signo de Bécquer” nos revela la permanente inquietud de Porras por el fenómeno literario en todas sus expresiones³², y al año siguiente, en una entrevista periodística, en oportunidad del Día del Idioma exhortó a “defender la pureza y la dignidad” del mismo. Condensó su punto de vista en estos términos: “Ni

31. [2], núms. 167, 388 y 639.

32. [2], núm. 466.

criollismo cerril, hermético, ni esnobismo extranjerizante, sino la búsqueda de nuestra expresión genuina, dentro del cauce familiar de la comunidad hispánica, tratando de hallar la fórmula de nuestra originalidad con pureza, intensidad y ansia de perfectibilidad" como valladar para salir al paso del "flujo de modismos y expresiones foráneas"³³.

En ese mismo año de 1955 había puesto punto final a su Estudio preliminar a *Paisajes peruanos*, de Riva-Agüero, ensayo que mereciera el Premio de Literatura "González Prada" del Concurso Nacional de Fomento a la Cultura. Porras había exteriorizado su aprecio al gran maestro, a quien había escuchado en sus lecciones sobre historia incaica en 1918, al proponerle como catedrático honorario de la Facultad de Letras en 1928. En nombre de ella pronunció en 1944 el discurso necrológico, pieza oratoria magistral en su tono, en la que analizó la obra del gran polígrafo, que en el curso de *Fuentes Históricas Peruanas* fue tema de exégesis más minuciosas.

El aludido Estudio preliminar configuró la oportunidad para encarar en un extenso comentario, profundo y entusiasta, no solo el significado de las páginas a las que precedía, sino el alcance de toda la obra de Riva-Agüero y su influencia en la vida cultural del Perú en la primera mitad del siglo XX³⁴.

No he de extenderme aún más, temeroso de agotar la benevolencia del auditorio. Quizás mis desmayadas palabras signifiquen un homenaje por ventura innecesario por obvio, pues a diario se lo rinden a Porras sus numerosos y fidelísimos lectores. Nada mejor que aplicar a su memoria lo que él dijera de su maestro Riva-Agüero: "...Fue sobre todo un gran peruano, que seguirá viviendo, como un penate venerado, al

33. *El Comercio*, núm. 61.907, Lima, 23 de abril de 1955, p. 3.

34. [2], núms. 41, 85-A, 88, 92, 96, 98, 348, 459, 467, 474, 489-A y 651.

lado de Garcilaso y Palma, en la región olímpica de verde esmalte, adonde no llegan la envidia ni el odio, lejos de toda escoria humana, donde su espíritu resplandece bajo la mirada de Dios y dialoga, ya, con las grandes sombras de la Patria”.